

Epílogo

Integración de los sistemas psicológicos

La mente: actividad dualista o pasividad monista

Fuentes del conocimiento: autogenerativo o sensorial

Las bases de la psicología: mentalismo o materialismo

La adquisición del conocimiento: mediación interna o asociación externa

El problema de la ciencia

Conclusiones

Resumen

El tema de este libro ha sido el vasto progreso del pensamiento acerca de la naturaleza humana, un tema que primero exploraron sistemáticamente los griegos y que después se dirigió en forma gradual pero constante hacia la psicología como disciplina empírica. En su mayor parte, el avance de la investigación psicológica desde la Grecia clásica ha estado vinculado a la historia de la filosofía. De hecho, las principales cuestiones psicológicas que se debatieron en el siglo XIX atañían a las bases filosóficas del estudio de la psicología. Las premisas que fundan la definición de nuestra ciencia, así como el planteamiento adecuado para su investigación, son en esencia materia de la filosofía. Se ocupan de las interrogantes fundamentales acerca de la naturaleza del hombre, de su forma de pensar y de conocer el entorno y de sus relaciones con los demás. En última instancia, todas las formulaciones de la psicología descansan en las respuestas a tales preguntas.

El libro abrió con un enunciado que reconocía la diversidad de la psicología contemporánea. Los psicólogos se desenvuelven en muy distintos medios aplicados y desempeñan una gran variedad de funciones. Incluso tras los muros de los centros de estudio, la psicología contemporánea es un tanto difícil de identificar. La investigación psicológica y la enseñanza tienen lugar en los departamentos de psicobiología, ciencias cognoscitivas, administración de organizaciones y relaciones sociales. Según parece, la psicología evoluciona hacia una mayor diversificación y no una unidad cohesionada. Nuestro repaso en el capítulo 18 de las tendencias contemporáneas en las áreas tradicionales de investigación manifiesta un consenso en cuanto a los acercamientos a los temas de campos específicos, pero no indica un acuerdo sobre la psicología como disciplina unificada, pues el único punto de coincidencia es que la psicología contemporánea es un estudio empírico.

Como mínimo, los sistemas del siglo XX ofrecen una descripción razonable de cómo se diversificó la psicología. La fase sistemática del desarrollo de la psicología fue

una parte necesaria de su evolución que planteó la dificultad de definirla como ciencia y ubicarla entre las ciencias. Como la expresión empírica es el principal punto en común de las áreas contemporáneas de la investigación psicológica, conviene actualizar la historia de la evolución de la psicología en el pensamiento universal, examinando sus relaciones con la ciencia. Ahora bien, antes de hacerlo, compararemos los sistemas aprovechando algunos postulados filosóficos.

INTEGRACIÓN DE LOS SISTEMAS PSICOLÓGICOS

Resulta curioso que los principales sistemas de la psicología estadounidense del siglo XX se dieran antes y después de periodos que pueden calificarse de funcionales. Tanto el primer periodo funcional como el neofuncionalismo contemporáneo adoptan una actitud ecléctica hacia los temas concretos de estudio. Así como los sofistas griegos abandonaron la búsqueda de un marco abarcador que condujera la investigación psicológica y en cambio optaron por modelos específicos y limitados que comprendieran sus especulaciones utilitarias, los dos periodos funcionales del siglo XX evitaron plantear teorías. Durante el primer periodo, la evitación de los panoramas sistemáticos fue una reacción a la esterilidad de la psicología estructural ortodoxa de Wundt y Titchener. El alejamiento de las teorías y el acercamiento a los temas y las investigaciones eclécticas del neofuncionalismo contemporáneo parece una reacción a la fase intermedia de sistematización. Aunque el primer funcionalismo proporcionó la transición a esta fase, y al conductismo en particular, es prematuro adscribir una función similar de transición al neofuncionalismo contemporáneo. Desde luego, es tentador hacer paralelismos entre los dos periodos funcionales y especular que las fuerzas del *Zeitgeist* están formando una nueva fase de la psicología, de la que el neofuncionalismo actual es el principio. Sin embargo, el historiador corre el peligro de pisar en falso al interpretar el presente, de modo que los paralelismos deben ser dudosos y tentativos.

Es el movimiento intermedio entre los dos periodos funcionalistas lo que nos interesa aquí. En concreto, las dimensiones evaluativas para considerar la mente y su actividad, que en el capítulo 9 nos sirvieron para comparar las principales corrientes psicológicas, las emplearemos ahora para contrastar la psicología de la Gestalt, el psicoanálisis, el conductismo y el movimiento de la tercera fuerza. Antes de empezar, es preciso señalar dos matices. El primero reitera lo que dijimos en el capítulo 9, a saber, que la elección de esas dimensiones evaluativas es arbitraria y que en aras de la comparación es posible considerar otras también importantes e informativas. Las cuatro dimensiones del capítulo 9 (y que retomaremos en el resto de la sección) representan las comparaciones que podrían llevar a algunas conclusiones sobre la diversidad de los sistemas psicológicos. El segundo señalamiento consiste en recordar que dentro de los propios sistemas hubo grados de diversidad. Por ejemplo, había un sistema general de la Gestalt y una teoría general del psicoanálisis, pero en cada uno, como hemos visto, los diferentes estudiosos ofrecieron variantes del esquema general. Del mismo modo, el conductismo como sistema evolucionó de una formulación rígida a una aceptación más abierta de varias interpretaciones, de modo que el conductismo de Watson

era muy distinto que el de Tolman. Quizá el movimiento de la tercera fuerza fue más diverso, pues sus defensores provenían de medios muy diversos, incluidas la filosofía, las ciencias y la literatura.

La mente: actividad dualista o pasividad monista

Esta dimensión de la evaluación contrasta el dualismo de la mente y el cuerpo con el monismo. En concreto, la postura dualista sostiene que la mente es un agente necesario de los procesos psicológicos y que funciona como determinante activo de los resultados. La actividad mental no se equipara con las funciones orgánicas, de modo que la mente no es reductible a los procesos corporales o físicos; por el contrario, el monismo materialista sostiene que todo proceso psicológico, en última instancia, es reductible a procesos orgánicos o físicos; por lo tanto, no hace falta especular acerca de otros agentes de la actividad psicológica. La entidad viviente completa del cuerpo explica del todo la experiencia humana.

Quizá el exponente más impresionante y explícito del dualismo entre los sistemas psicológicos haya sido el psicoanálisis. De acuerdo con la postura psicoanalítica, el principal determinante de la actividad psicológica está sobre todo en las fuerzas inconscientes, o energías psíquicas, de naturaleza característicamente sexual y agresiva. Para el psicoanálisis, la meta de la personalidad es el equilibrio y la armonía entre las fuerzas que surgen del inconsciente. La dependencia en la función como agente mental de la personalidad inconsciente relega los aspectos físicos del individuo a un plano secundario. En cambio, la conducta abierta y aun los procesos mentales conscientes poseen un valor simbólico aparte de sus representaciones reales. El contenido del comportamiento observable y la conciencia son manifestaciones de las fuerzas inconscientes, de modo que las funciones orgánicas adoptan una postura reactiva ante las fuerzas energéticas de la personalidad inconsciente. Así, en el sistema psicoanalítico no sólo hay una aceptación implícita de una posición dualista, sino que también, dentro del dualismo, hay una preponderancia del aspecto mental, o psíquico, sobre el físico.

Aunque no tan bien articulado como la dinámica de la posición psicoanalítica, hay un consenso sobre un dualismo implicado en varios escritores del movimiento de la tercera fuerza. En particular, los puntos de acuerdo, que se concentran en la naturaleza crucial de las decisiones, la responsabilidad personal por éstas, el reconocimiento de la dignidad y la integridad individual y el cultivo de la libertad personal para el crecimiento psicológico, asumen la existencia de un agente mental dinámico que no se equipara ni se reduce a los aspectos físicos del organismo. La medida de este dualismo varía con cada representante del movimiento de la tercera fuerza. Por supuesto, el método fenomenológico fue desarrollado para estudiar con exactitud la dinámica de los actos mentales sin las limitaciones reduccionistas de los métodos analíticos de las ciencias físicas que, si se aplican, los destruyen. La sola necesidad de la fenomenología descansa en la aceptación de una clase aparte de actividad mental, distinta de la física.

Las ideas del movimiento de la Gestalt se encuentran entre una posición completamente dualista y un planteamiento monista. Las primeras formulaciones de los escritores de la Gestalt, basadas en sus investigaciones de los procesos perceptuales,

pretendieron evitar las implicaciones dualistas. Cuando fue posible, acudieron a las explicaciones de los fenómenos mediante experiencias adquiridas. Aplicaban su principio del isomorfismo para sentar una base física de los fenómenos perceptuales. Sin embargo, las insuficiencias del isomorfismo como explicación fisiológica y la extensión de los principios de la Gestalt a la teoría del campo llevaron al movimiento más cerca de admitir una posición dualista.

Desde luego, el conductismo es el principal defensor del monismo, de un proceso psicológico único con bases físicas. Las posiciones monistas más extremas en el contexto del conductismo fueron la postura radical de Watson y el cabal reduccionismo fisiológico de la reflexología pavloviana. La readmisión de nociones dualistas restringidas, en forma de proposiciones de *constructos* mentales, fueron el principal factor de la evolución del conductismo después de Watson y Pavlov. Más aún, las ideas diversificadas del conductismo contemporáneo, de las interpretaciones neurofisiológicas a las cognoscitivas, se distinguen por su aceptación de una actividad mental que no se reduce de modo directo e inmediato a causas físicas básicas.

La dimensión del dualismo y el monismo permite discernir entre cuatro sistemas fundamentales. Para la psicología, la primera implicación de la aceptación de una u otra premisa radica en la naturaleza del hecho psicológico que se estudia. La posición dualista tiende a reducir la importancia del comportamiento observable y los procesos conscientes de pensamiento, y en cambio se concentra en la dinámica interna de la actividad mental. Por su parte, la postura monista convierte la conducta física observable en la fuente de datos para la psicología. Es interesante observar que el estudio psicológico formal ha generado posturas más extremas en esta dimensión durante los últimos 100 años que en todos los periodos anteriores. En las corrientes filosóficas hasta el siglo XIX, la actividad mental, expresada en la tradición alemana que arranca con Leibniz, se opone a la pasividad congruente con las nociones empíricas de Locke. Los sistemas del siglo XX produjeron el dogma conductual que niega la función de la mente en la psicología. En consecuencia, la dimensión de actividad o pasividad mental contrasta dualismo y monismo. Esta última posición exige el rechazo de cualquier necesidad del concepto de mente, noción que nos devuelve al sensualismo francés.

Fuentes del conocimiento: autogenerativo o sensorial

Otra dimensión de evaluación atañe a la forma en que el individuo adquiere el conocimiento propio y el del entorno. Entre los movimientos filosóficos del pensamiento psicológico anterior al siglo XIX, esta dimensión contrastaba la postura empírica de la dependencia de los sentidos y la tesis racionalista del conocimiento autogenerado, es decir, que el conocimiento es el producto de una actividad dinámica. En los sistemas del siglo XX, la actitud empírica siguió dominando un aspecto de la dimensión y la noción de conocimiento interno se amplió.

Fue sobre todo en el psicoanálisis que la naturaleza del conocimiento autogenerado se extendió tras los confines del racionalismo derivado de Kant y la tradición alemana. La primera formulación de Freud mostraba un aprecio por las obras que trataban las luchas inconscientes de la voluntad de filósofos decimonónicos como Schopenhauer y

von Hartmann. La noción de Freud de la motivación inconsciente, basada en la energía psíquica, añadió una nueva interpretación y cualidad al conocimiento autogenerado. En concreto, el individuo desconoce en buena medida la dinámica del inconsciente, pero sus pensamientos conscientes y otras experiencias (como los sueños) están estructurados por las fuerzas inconscientes. En consecuencia, hay que matizar la definición de conocimiento del psicoanálisis freudiano; esto es, la actividad mental es autogenerada, pero el individuo la ignora casi por completo y desde luego no es racional. Esta restricción del conocimiento autogenerado fue profundizada por Jung, según el cual heredamos ciertos marcos conceptuales, estereotipos y estructuras mentales mediante el constructo de los arquetipos. De nuevo, este “conocimiento” no es racional ni lo comprende el individuo, sin embargo se manifiesta en la personalidad y es autogenerado.

El movimiento de la tercera fuerza destaca el conocimiento autogenerado. De hecho, uno de los principales puntos en común entre sus diversos representantes es la insistencia en la mediación interior, reflexiva y deliberada de los procesos de pensamiento como la única experiencia humana. A la vez que reconoce las relaciones de la persona con el entorno y las fuentes sensoriales de conocimiento, la posición existencial fenomenológica define esas relaciones como dinámicas. En consecuencia, la función del individuo en ese contexto no es reactiva ni pasiva, sino activa y está en la búsqueda constante de ejercer el control sobre el medio para que, asimismo, rija sus actos. Para el movimiento de la tercera fuerza, el conocimiento subjetivo es producto de la acción del individuo en las fuentes de conocimiento del medio, y la contribución de la persona a la relación con el conocimiento sensorial es el nivel superior, exclusivamente humano, de conocer.

Quizá por su valoración constante de la noción de fenómenos psicológicos, el movimiento de la Gestalt compartía con el de la tercera fuerza algunas ideas sobre las fuentes del conocimiento. El movimiento de la Gestalt descansaba en la relación entre el individuo que percibe y la información sensorial de los estímulos del entorno. Entonces, es posible interpretar los principios de la Gestalt como un compromiso entre las bases empíricas del conocimiento sensorial y una mediación activa que produce la generación interna de conocimiento. El movimiento de la Gestalt describe al individuo como predispuesto a recibir la información de los sentidos de ciertas formas. Como hemos dicho, la principal dificultad de este compromiso entre dependencia de los sentidos y determinación interna del conocimiento radica en la manera precisa de explicar cómo se logra esta relación; esto es, si la explicación adecuada es del todo física o bien yace en un agente mental. Cuando los principios de la Gestalt rebasaron los temas sensoriales y perceptuales en la teoría del campo, las bases del conocimiento se oscurecieron por la dependencia implícita del individuo en las relaciones con el ambiente. Además, se destacó la iniciativa del individuo para dar cuenta del dinamismo de campo.

La posición empírica de dependencia exclusiva en la experiencia sensible como fuente de conocimiento forma las bases del conductismo. La premisa básica tanto de Watson como de la reflexología de Pavlov colocaba al organismo en el punto de vista empirista radical de adquirir todo conocimiento de la experiencia con los acontecimientos del entorno. Aunque esta postura aún encuentra aceptación entre los conductistas

que pretenden hallar los mecanismos de los procesos de aprendizaje en las explicaciones neurofisiológicas, la evolución del conductismo también ha moderado el determinismo extremo del medio. Los primeros cuestionamientos del conductismo extremo ocurrieron en respuesta a las insuficiencias de la explicación de Thorndike del reforzamiento mediante la ley del efecto. Además, la negativa a descartar toda posibilidad de mediación subjetiva llevó a Tolman y a los psicólogos posteriores a hacer una interpretación cognoscitiva de la conducta, un movimiento que tiene su contraparte en las ideas recientes de los pensadores rusos, como el estudio de Luria sobre el lenguaje. Sin embargo, a pesar de la moderación del conductismo extremo, esta corriente de la psicología coloca la fuente principal de conocimiento en la adquisición a partir de los hechos del entorno.

Las fuentes de conocimiento sirven como herramienta viable de comparación porque los cuatro sistemas difieren en esta dimensión. Más aún, la cuestión del empirismo como expresión dominante de la investigación científica se aclara en este examen. En concreto, la aceptación de que el conocimiento deriva de otras fuentes aparte del medio hace que el empirismo sea insostenible.

Las bases de la psicología: mentalismo o materialismo

Una implicación directa de la dimensión que compara las concepciones dualista y monista del individuo es el tema de la base física y materialista o bien psíquica y mentalista de los procesos psicológicos. Aceptar cualquier postura requiere la decisión quizá más fundamental acerca de la definición de psicología. Hemos visto representantes de ambas posiciones entre los griegos. Los físicos jonios y después los biólogos buscaban la sustancia física básica de la vida. En cambio, Sócrates, Platón y Aristóteles concluyeron que era necesaria cierta entidad inmaterial, espiritual y dadora de vida que trascienda la naturaleza física del organismo y el entorno. La noción griega de alma fue cristianizada por san Agustín y luego la escolástica. Esta interpretación prevaleció hasta los inicios de las ciencias durante el Renacimiento. Así, Descartes definió la psicología como el estudio de la mente en contraste dualista con el estudio de la fisiología. Las corrientes filosóficas que siguieron diferían en cuanto a su postura sobre el mentalismo o el fisicalismo. La tradición alemana aceptaba el carácter psíquico de una entidad activa independiente de los procesos orgánicos. Por su parte, la tradición francesa defendía en general la posición opuesta y relegaba todos los procesos psicológicos y fisiológicos al materialismo orgánico. El empirismo británico quiso forjar una posición entre ambos extremos, para lo que reconoció la existencia de la mente, pero le adscribió la función pasiva de reaccionar a la información del medio. Aunque los empiristas sostenían opiniones distintas sobre la medida exacta de la actividad o la pasividad de la mente, el empirismo anterior al siglo XIX aceptaba al menos nominalmente una postura dualista.

El mentalismo dominó los sistemas del psicoanálisis y el movimiento de la tercera fuerza. Ambas posturas eran descendientes lógicos de la tradición filosófica alemana de la actividad mental y no reducen su psicología a procesos o mecanismos fisiológicos. El movimiento de la Gestalt también está arraigado en el dualismo y el

mentalismo. Dada la dinámica de las relaciones entre la persona y el entorno, hay una premisa mentalista en los principios de la Gestalt. Aunque esta psicología no depende de la actividad mental como el psicoanálisis o el movimiento de la tercera fuerza, el acento empirista de estos principios no basta para dar cuenta de tal dinámica de las relaciones entre el individuo y el medio.

El sistema más materialista es el conductismo. Las ideas de Watson eran una extensión del empirismo británico tradicional y llevaron su lógica a una conclusión última: si la mente es pasiva y reactiva y el conocimiento procede de la información que los sentidos acopian del entorno, no hace falta en la psicología el constructo de la mente. El mentalismo interfiere con una psicología objetiva. Sin embargo, cuando los conductistas posteriores unieron el empirismo de Watson con la reflexología pavloviana, los supuestos físicos implícitos en ésta volvieron materialista al empirismo. La fusión de empirismo y materialismo señaló una confluencia crucial para la psicología y el triunfo del modelo de las ciencias naturales. Al erradicar el mentalismo de la psicología, y a despecho de los intentos posteriores de los neoconductistas por rescatar los constructos mentales, el conductismo se inclinó hacia la ciencia objetiva. Aquí radica la justificación de la experimentación infrahumana; sin mentalismo, las diferencias entre las especies animales son de complejidad, no de cualidad.

La adquisición del conocimiento: mediación interna o asociación externa

La última dimensión de evaluación atañe a la forma de adquirir el conocimiento. Muy vinculados con las otras tres dimensiones, los postulados acerca de la adquisición del conocimiento distinguen la dinámica de la organización mental o bien la mecánica de las asociaciones. Los sistemas del psicoanálisis, el movimiento de la tercera fuerza y la psicología de la Gestalt dependen de varias expresiones de la actividad interna que van de las fuerzas *innatas* y los conceptos del psicoanálisis a las características internas de crecimiento y las decisiones responsables del movimiento de la tercera fuerza, y a la organización interna de la actividad mental de la psicología de la Gestalt. En los tres sistemas, la adquisición del conocimiento está influida y estructurada de acuerdo con fuerzas o pautas que surgen del individuo. En contraste, el conductismo descansa en principios mecánicos de asociación basados en las contingencias de los acontecimientos del medio para explicar la adquisición del conocimiento.

Para resumir, es interesante observar que estas dimensiones representativas de la evaluación crítica de la psicología, que distinguen entre las posturas filosóficas anteriores al siglo XIX, también sirven para discriminar entre los sistemas psicológicos del siglo XX. Esta observación confirma que las cuestiones cruciales de la psicología no se resolvieron en la fase sistemática. De hecho, es posible postular que los sistemas explícitos contrastaban porque la aplicación formal de diversas premisas produjo una fragmentación cada vez mayor en el conjunto de la psicología. Como lo indican tanto las descripciones concretas de los sistemas como el eclecticismo del neofuncionalismo contemporáneo, el principal punto de acuerdo es la aceptación de cierta versión del empirismo, lo que nos conduce a la relación entre la ciencia y la psicología.

EL PROBLEMA DE LA CIENCIA

Hay un paralelo sorprendente entre la evolución de la psicología como ciencia independiente y el progreso de la propia ciencia empírica, lo cual ubica los orígenes de la psicología moderna en el Renacimiento. Para el siglo XIX, el empirismo había demostrado sus bondades en las ciencias físicas al generar nuevos conocimientos con aplicaciones prácticas. Los métodos cuidadosamente controlados de la investigación empírica justificaron la fe en el estudio científico, para mejorar la sociedad y la calidad de la vida. Así, los métodos de la biología, la química y la física ofrecieron el modelo óptimo para que la psicología lo emulara. Copleston (1956) ha dicho que el ascenso de las ciencias empíricas es uno de los mayores logros intelectuales después del Renacimiento, y este periodo es notable por los enormes adelantos de los descubrimientos empíricos. Más aún, las ciencias empíricas fomentaron el progreso de las ciencias aplicadas —las tecnologías— con consecuencias de provecho para nuestra civilización industrializada.

En contraste, la investigación organizada fuera de las ciencias empíricas no ha prosperado mucho. El estudio especulativo deterioró en buena medida las explicaciones personales. Sin verificación empírica, es difícil ofrecer argumentos convincentes para ganarse la aceptación. Por ejemplo, en los sistemas psicológicos del siglo XX, el movimiento psicoanalítico sufrió una marcada fragmentación causada por los aportes de estudiosos divergentes que no adoptaron ninguna forma común de empirismo riguroso. Del mismo modo, a pesar del desarrollo del método fenomenológico, la diversidad característica entre los escritores del movimiento de la tercera fuerza dificulta establecer puntos de acuerdo general. Esta situación fortalece al empirismo, al grado de que se equipara con la ciencia. Como resultado, el empirismo ha ganado una aceptación casi universal y se ha convertido en el punto de vista dominante en la psicología contemporánea. Al parecer, hay un acuerdo generalizado en que los adelantos científicos se generan y comunican mejor según los procedimientos de la verificación empírica; otras formas de investigación muestran el gran atractivo del empirismo.

Cuando comparamos los sistemas del siglo XX en la dimensión de mentalismo o materialismo, vimos que una de las vertientes importantes del conductismo moderno relacionaba empirismo y materialismo mediante la unión de las formulaciones de Watson y la reflexología de Pavlov. A su vez, el empirismo materialista fue reforzado por el positivismo lógico del Círculo de Viena (capítulo 15), cuya filosofía de la ciencia favoreció una psicología conductual objetiva. Al apoyarse en la semántica del positivismo lógico, el conductismo pudo definir su objeto en términos operacionales y quizá descartar de una vez la metafísica del mentalismo.

Al evaluar la unión del empirismo materialista, es importante considerar la posibilidad de un empirismo no materialista. Si examinamos la obra de John Locke, el fundador del empirismo moderno para la psicología, debemos recordar que no descartó las actividades mentalistas. Reconocía la dependencia en los datos de los sentidos, y sin embargo admitía dos formas de conocer: las asociaciones y la reflexión. Ésta última consiste en la actividad mental de las ideas compuestas: una función mental. Los perfeccionamientos en el contexto de la tradición empírica británica, como la propuesta de

John Stuart Mill de la inducción mental, sirvieron para separar al empirismo del materialismo.

Este repaso de los sistemas psicológicos del siglo XX subraya una de las principales implicaciones del empirismo materialista, a saber, que el conductismo se encuentra aparte de otras formulaciones de la psicología. Dicho en forma sucinta, en el conductismo, con su dependencia en el empirismo materialista, han desarrollado una definición y una metodología que contrastan con otros sistemas. Aunque los fenomenólogos aceptaban la necesidad de concebir un método empírico que no fuera materialista, la dificultad de aplicar sus procedimientos dio por resultado una oscuridad y una vaguedad que se manifiestan por comparación con los métodos fácilmente cuantificables del empirismo objetivo. En consecuencia, la evaluación de los sistemas conduce a la dicotomía de aceptar o rechazar el materialismo básico del conductismo.

La segunda implicación del materialismo del conductismo empírico se aprecia en las tendencias neofuncionales contemporáneas y tiene que ver con las conclusiones lógicas de las investigaciones coherentes, es decir, que un nivel de análisis puramente psicológico, que posee una integridad en sí mismo, se pierde en la aplicación del empirismo materialista a su último fin. La distinción entre procesos psicológicos y explicaciones físicas se desdibuja y la psicología se equipara con la fisiología u otros niveles básicos, como la biología celular o neuroquímica. Al estudiar la psicología como la define el empirismo materialista, la conclusión final es la implicación más bien sorprendente de que tal vez la psicología no es necesaria. En consecuencia, observamos tendencias contemporáneas que la identifican en términos de un objeto interdisciplinario, lo que manifiesta esta reducción inherente, como en la psicobiología y la neuropsicología. Aunque estas áreas de estudio indiquen el método científico adecuado para ciertos temas rodeando las artificiales barreras disciplinarias, sus etiquetas también revelan la vulnerabilidad de una psicología equiparada con el empirismo materialista.

Al considerar la pregunta sobre el lugar de la psicología entre las ciencias empíricas, es ilustrativo examinar otra vez los modelos contrastantes que Wundt y Brentano ofrecieron hace más de un siglo. En esencia, Wundt, y más tarde Titchener, propusieron un modelo de psicología parecido al empirismo materialista. Aceptaban la necesidad de un constructo mental, pero afirmaban que los contenidos de la mente son reductibles a los elementos de las sensaciones. Sin embargo, en última instancia este modelo analítico llevó a la reducción de las sensaciones a sus estímulos respectivos. La propia integridad de la psicología se perdió en el análisis de Titchener, pues se reducía a la física. La esterilidad del modelo de Titchener para el progreso de nuestra ciencia dio por resultado el fracaso absoluto de su psicología estructural. En cambio, Brentano propuso un modelo abierto de psicología empírica. Sus ideas menos articuladas reconocían un área de investigación psicológica distintiva. Ciertos hechos psicológicos son fenoménicos y reducirlos los destruye. Pero la psicología de los actos de Brentano nunca se desplegó por completo. Desde luego, sus ideas influyeron tanto en el movimiento de la Gestalt como en el de la fenomenología, mas no se han explorado sistemáticamente las consecuencias completas de su empirismo no materialista.

El crecimiento de ciertas áreas de la psicología que parecen aceptar en las bases de sus métodos de investigación un empirismo implícito que no es materialista resulta

de interés en las tendencias neofuncionales recientes. En particular, el estudio de la psicolingüística y las posturas cognoscitivas del aprendizaje, así como ciertas tendencias en la investigación de la psicología social, revelan una reacción al empirismo materialista. Aunque estas corrientes surgieron de ciertas implicaciones neoconductistas, quizá ya no es correcto llamar conductistas determinadas áreas, como la psicolingüística y la psicología cognoscitiva, pues hay cierto matiz mentalista en sus planteamientos empíricos. En nuestros días, es prematura una extensión de estas áreas en un marco teórico sistemático y general. Sin embargo, estos adelantos indican que el empirismo podría ampliarse para abarcar premisas apropiadas, tanto mentalistas como materialistas. Por lo menos, la observación de Sperry (1995) de que tal vez la psicología se encuentre en medio de un cambio de paradigma, según el esquema de Kuhn, es por supuesto difícil de resistir.

CONCLUSIONES

La historia de la psicología brinda una reflexión fascinante sobre la evolución del pensamiento intelectual en general. Como su objeto tradicional es la actividad humana, el pasado de la psicología refleja la imagen conjunta del curso de la civilización occidental. Por esta razón, no es posible separar el progreso de la psicología de la evolución de todos los conocimientos. Más aún, como estudiantes de la psicología, debemos aceptar y tolerar la disonancia, las contradicciones y las incongruencias de su historia, pues esos elementos han estado presentes en el devenir a veces turbulento de la civilización de Occidente. A partir del desconcierto provocado por desacuerdos y polémicas se aclaran los temas y el conocimiento avanza.

En el capítulo 2 citamos la descripción de Comte del progreso histórico y anotamos que consideraba que el pensamiento de la antigua Grecia fue la transición entre las explicaciones teológicas y una postura que buscaba las causas dentro de la persona o bien en el entorno. Los estudios filosóficos de los griegos señalaron los temas básicos de la psicología y se concentraron en las premisas necesarias sobre la naturaleza de los actos de los hombres. Estos temas cruciales, que los griegos no resolvieron, todavía desconciertan a los psicólogos. ¿Pueden los seres humanos explicar la actividad psicológica en términos de la sola materia orgánica o bien hace falta alguna propuesta de vida mental? El progreso del pensamiento griego llevó al surgimiento del concepto de alma, como se aprecia en la filosofía general de Platón y de Aristóteles. Y a pesar de que han pasado casi 2 500 años del florecimiento del pensamiento griego, poco se ha añadido de verdadera calidad original. Se han dado cambios, modificaciones y reinterpretaciones, pero en lo fundamental la ciencia que conocemos hoy es un estudio basado en el marco teórico aristotélico. La filosofía escolástica, que el genio de santo Tomás de Aquino llevó al pináculo, marcó la resurrección de la civilización después de siglos de deterioro y reincorporó la filosofía de Aristóteles, interpretada a la luz del cristianismo.

Las ciencias empíricas de la modernidad comenzaron con Descartes, cuya interpretación se basaba en el sistema aristotélico. Hobbes y Locke entregaron la justifica-

ción filosófica del empirismo, así como los primeros enunciados sobre la adquisición del conocimiento por asociación de ideas. A partir de sus obras se exploró la posibilidad de una ciencia empírica de la psicología. Sin embargo, no todos aceptaron su estrategia empírica y se propusieron concepciones rivales. Una corriente, centrada en Francia, rechazó la necesidad de la psicología y presentó un argumento monista moderno, reduciendo la actividad mental a los elementos de la fisiología de los sentidos. Por su parte, la corriente que inició Leibniz se inspiró en el concepto griego de actividad del alma y propuso una psicología determinada por la actividad de la mente. Esta tradición culminó en el racionalismo de Kant, y la actividad mental fue el tema prevaleciente de la psicología alemana hasta bien entrado el siglo XX.

La psicología decimonónica heredó los modelos rivales. El marco teórico empirista impulsó la separación entre psicología y filosofía, física y fisiología, de modo que para la década de 1870 comenzó a ganarse el reconocimiento como disciplina independiente. Sin embargo, incluso en la orientación empirista hubo desacuerdos acerca del alcance y los métodos de la psicología. Como vimos, Wundt y Brentano no coincidieron sobre la clase del empirismo, mental o materialista, y su polémica giró alrededor del tema.

De este repaso de los orígenes de la psicología se desprende que su historia no ha sido un flujo suave y homogéneo de adelantos. La nueva ciencia heredó algunos desacuerdos violentos sobre sus premisas más esenciales. De acuerdo con el pasado de la psicología, era fácil de predecir las agitaciones de su primer siglo. En el siglo XX, la fase de los sistemas trató de manejar conceptos fundamentalmente diferentes sobre la naturaleza de la actividad psicológica, pero no produjo un modelo definitivo. El conductismo, el modelo dominante en los Estados Unidos, evolucionó de manera tan radical que hoy apenas se reconoce como un sistema coherente, pues se disolvió en una actitud ecléctica que acentuaba el empirismo. Y así como esta fase fue precedida por una psicología funcional, a ésta la siguió a su vez el neofuncionalismo. En consecuencia, debemos concluir que la psicología contemporánea es deficiente como disciplina teórica. El principal acuerdo del neofuncionalismo de nuestros días radica en el consenso en que la psicología es una ciencia empírica, lo que de por sí es un enunciado ateórico. Así, debemos suspender nuestro juicio sobre su futuro teórico y aguardar por las fuerzas del *Zeitgeist*.

En el nivel aplicado, podemos concluir con seguridad que la psicología ha tenido éxito durante el siglo. Los adelantos empíricos han acrecentado nuestros conocimientos de áreas muy diferentes, de la psicopatología a la publicidad y el entendimiento entre las etnias. En este sentido, el carácter funcional de la psicología ha dado resultados. Además, con los criterios del utilitario y el ecléctico, podemos esperar confiados su futuro.

Comenzamos nuestra exploración del pasado de la psicología observando la diversidad y la confusión aparente de las opiniones contemporáneas. No era nuestro propósito resolver las disparidades, sino aclarar la confusión con los conocimientos históricos para descubrir el origen de la pluralidad actual. Para contemplar de la manera más sencilla el estado actual de la psicología, digamos que es una disciplina activa y estimulante a despecho de sus fracasos, regresiones y salidas en falso. Esta declaración

admite que no es una ciencia fácil de estudiar. El estudiante debe encarar algunas decisiones muy elementales antes de proseguir con la investigación sistemática de sus temas. Sin embargo, esta disonancia es apropiada porque la psicología, y no otras disciplinas, tiene como objeto responder las más complejas de las preguntas: ¿por qué somos lo que somos y por qué hacemos lo que hacemos?

RESUMEN

El alcance del libro se resume en términos de los temas básicos que ha enfrentado la psicología. Es posible comparar sus cuatro sistemas —el psicoanálisis, la psicología de la Gestalt, el movimiento de la tercera fuerza y el conductismo— en cuatro dimensiones cruciales: dualismo o monismo mental, fuentes de conocimiento autogenerativo o sensorial, mentalismo o materialismo y mediación interna o asociación externa en la adquisición del conocimiento. Hay una relación firme entre psicología y ciencia; en particular, en los problemas que proceden de la dependencia en el empirismo materialista. Por último, la psicología como disciplina teórica ha sufrido desacuerdos y polémicas durante su primer siglo de existencia; sin embargo, ha tenido éxito como ciencia aplicada.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes generales

- Copleston, F., *Contemporary philosophy: Studies of logical positivism and existentialism*, Westminster, 1956, Newman Press.
- Giorgi, A., *Psychology as a human science*, Nueva York, Harper and Row, 1970.
- Koch, S. (comp.), *Psychology: A study of a science, Vol. II: General systematic formulations*, Nueva York, McGraw-Hill, 1959.
- Sperry, R., "The future of psychology", en *American Psychologist*, 50, 1995, pp. 505-506.
- Turner, M. B., *Philosophy and the science of behavior*, Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1967.